

LA POLEMICA DEL DARWINISMO EN CUBA

Thomas F. GLICK

En Cuba, así como en la metrópoli, las primeras referencias a Darwin remontan al año revolucionario de 1868. Entonces, por ejemplo, apareció una reseña del *Origen de las especies*, por el Conde de Pozos Dulces, en la cual alababa el método científico de Darwin, a la misma vez que rechaza sus conclusiones. No obstante su carácter negativo, la reseña se destaca por su falta de retórica sectaria¹.

La verdadera recepción del darwinismo, y su fase polémica, se inicia solamente en 1877, bajo el estímulo de la traducción del *Origen* al castellano por Enrique Godínez y publicada en Madrid el mismo año. Julian Gassie no pudo ser más explícito al comentar el impacto de dicha edición:

“La llegada de los primeros ejemplares de la edición castellana ha despertado entre nosotros la atención general sobre estas materias; pero sin haber dejado transcurrir el tiempo suficiente para la formación de un juicio definitivo y las más de las veces, como M. Ducreux, el célebre abogado general francés, sin haber hojeado el libro siquiera, han comenzado a pulular esos fallos superficiales que cada uno se cree obligado a emitir perentoriamente, sobre todo, lo que se presenta como novedad, careciendo de los estudios especiales y de un profundo conocimiento de los progresos de la filosofía contemporánea en los últimos veinte años; indispensables, en nuestro concepto, para poder apreciarla debidamente. Tanto o más criticables, bajo otro concepto, son aquellos que, no habiendo alcanzado sino una semicultura, se dejan arrastrar por el contrario, a los más ridículos excesos, aceptándolo todo y haciendo gala de un radicalismo que creen ser la medida de la realidad y no lo es, a veces, sino de su limitación y de su intolerancia”².

No obstante, el mismo Gassie opta por introducir a los lectores de la Revista de Cuba, órgano positivista dirigida por Enrique José Varona, al trans-

formismo no mediante esta obra sino por la *Antropogenia* de Haeckel. Su motivo es altamente interesante, ya que da una indicación de la filiación intelectual de los positivistas cubanos. Las obras de Darwin, explica, están escritas “en una forma y con un método extraños a nuestros hábitos intelectuales, y no es siempre el plan adoptado en ellas el más a propósito para asimilarse con facilidad los principios que la sustentan y las consecuencias que entrañan”. Los libros de Haeckel, al contrario, fueron escritos “expresamente para vulgarizar el darwinismo ante un público ilustrado”, y tienen la ventaja de que “a un fondo alemán, sólido, reúnen una forma puramente francesa, es decir, tan neta y concisa, cual pudiéramos cumplidamente desear”³. El año siguiente, tal vez como muestra de la nitidez del método haeckeliano, E. F. Veciana publica un breve comentario sobre el árbol genealógico de los mamíferos ideado por el catedrático de Jena⁴. El mismo Varona sigue con una nota acerca de la polémica entre Haeckel y Virchow, la cual contrasta con el ambiente intelectual cubano, después de seguir esta polémica:

“Tornamos los ojos en derredor nuestro, y vemos el espectáculo que presentan nuestras aulas, donde ha vuelto a imperar la rutina con su asfixiante monotonía, donde se vive una vida científica ficticia, alejada de toda comunicación con las grandes corrientes de la época; nos explicamos el lastimoso estado de nuestra sociedad, entregada al culto de todas las supersticiones; comprendemos por qué hombres que han frecuentado los institutos corren deslumbrados tras las fantasmagorías del subjetivismo indisciplinado, por qué oímos discutir seriamente el espiritismo, la lucidez magnética y todas las formas de alucinación... y nos entendimos poseídos de abrumadora angustia y tristemente dejamos caer la pluma de las manos”⁵.

Es de presumir que Varona se refería solamente a las aulas de los institutos, ya que en la misma época podemos detectar en la Universidad y en otros centros investigaciones científicas o explícitamente darwinistas o concebidas conforme con enfoques característicos de la biología evolucionista. Tal eran las investigaciones de Luis Montañé sobre el atavismo, de Carlos de la Torre sobre la variación numérica de las costillas del hombre (tema que sirvió de base a una tesis doctoral en la Facultad de Ciencias de la Habana, obra de un alumno de La Torre), y de Felipe Poey y Tranquilino Sandalío de Noda, sobre la ceguera de peces de caverna⁶. Poey (1799-1891), como discípulo directo de Cuvier, no aceptó el transformismo, aunque no fue en todo cerrado a las nuevas corrientes⁷.

Con referencia a Carlos de la Torre, hemos de insistir en la importancia por todo el mundo hispánico de las cátedras de anatomía en la difusión del darwinismo. Tanto La Torre, como Peregrín Casanova en Valencia, como Luis Razetti, algo más tarde, en Caracas, se aprovecharon de las cáte-

dras de anatomía para difundir la perspectiva darwinista en la anatomía comparativa.

Si había en Cuba por lo menos un foco universitario del darwinismo, hemos de admitir que la polémica en sí, tuvo lugar preferentemente en instituciones extra-universitarias, notablemente en el Liceo de Guanabacoa, en el Ateneo de la Habana y en la Sociedad Antropológica de Cuba. En la primavera de 1879, tuvo lugar en el Liceo de Guanabacoa un ciclo de conferencias sobre el transformismo, iniciado, al parecer, por el entonces presidente de la Sociedad Antropológica, José Martí. Defendieron a Darwin, Veciana, Antonio Mestre y, supongamos, el mismo Martí⁸. Impugnó a Darwin, entre otros, Antonio Vinajeras quien, el mismo año, publicó un largo poema satírico titulado *El Congreso de Guinea*, el cual fué integrado por diputados.

*Con rabo! y congregados
Por un orangután muy viejo y feo,
Patriarca de los monos en el mundo:
En sus juicios profundo,
Y nacido en un bosque de Borneo.*

Los monos se habían congregado para averiguar el parentesco del hombre, ocasión que sirvió a Vinajeras para atacar la ciencia positiva, específicamente la inglesa que había parido el darwinismo. Ridiculiza a Darwin en un pasaje que describe la examinación de una momia que había de dar, o no dar, la prueba de la cuestión del parentesco:

*¿Y el sexo? ¡oh bendición! ¡hermafrodita!
(Así Darwin lo cita
En página que invoco y elocuente.)
Por eso el hombre es hombre y así mismo
Mono también: (¡oh abismo
De reflexiones mil para la mente!).*

Por fin, el Congreso escucha a una Comisión de científicos británicos, invitados a examinar la momia:

*Douglas, Jones, Willímson (que era cojo)
Richardson (sin un ojo)
Filippon (una pierna retorcida)
Thompson (de pupas y diviesos lleno)*

*Wilson (siempre sereno
 Pero dócil al juego y la bebida).
 Cooper (con tres herpes en la frente),
 Perris (sabio excelente
 Con un par de muletas y gotoso).
 Fultanson (irlandés y desdentado)
 Smithson (jorobado)
 Y Adamson (tan felpudo como un oso)*

*Tal es la Comisión.- Una docena
 De sabios de alta vena
 Matemáticos, físicos, geólogos,
 Botánicos y químicos fecundos,
 Zoólogos profundos,
 Y médicos, pintores y antropólogos.*

Wilson opina, al examinar la momia, que los hombres son descendientes del mono. Los sabios y los monos se abrazan y termina el Congreso⁹. Más de constituirse un ejemplar de las bromas de mono, que eran tan comunes en todas las polémicas europeas y americanas sobre el darwinismo el poema de Vinajeras, se destaca por su ataque contra el imagen de la ciencia inglesa, quizás único en la literatura española de la época. Vinajeras, quien en su intervención en el Liceo de Guanabacoa había defendido la vieja ortodoxia, parece concluir que el darwinismo, fue producto de un estamento científico caduco, decadente, atavístico si quiere. Vinajeras, en su turno, fue atacado en el mismo ciclo por Esteban Borrero Echevarria, quien le acusó de “la resurrección gloriosa intentada en favor de ideas, de ciencias, de doctrinas muertas a largo tiempo, y que duermen para siempre jamás el sueño de la muerte en el panteón de la humanidad”¹⁰.

En el otoño de 1879, la polémica siguió en la Sociedad Antropológica, donde José R. Montalvo, leyó un discurso sobre el hombre terciario, y en el Ateneo de la Habana, donde Borrero habló sobre el desarrollo y la influencia social de los estudios antropológicos. Montalvo, en particular, destaca tanto las dificultades de la nueva ciencia de antropología (“de tan pocas aplicaciones a la vida práctica y de tan exiguos productos pecunarios”), como los esfuerzos del secretario Montañé, discípulo de Paul Broca¹¹. Para ambos autores, el enfoque darwinista de la nueva ciencia era claro.

El año de su muerte Darwin fué recordado en un amplio homenaje escrito por José Martí, desde el destierro. El ensayo de Martí es, en su ma-

yor parte, una maravillosa apreciación del encuentro de Darwin con Sudamérica. Además vemos como Martí, al contrario de Vinajeras, tiene una imagen positiva de Inglaterra: *haber nacido en Inglaterra*, dice, con referencia a Darwin, “lo que hace soberbios a los hombres, porque es como venir al mundo en la cuna de la Libertad”¹². Martí era darwinista decidido. Cuando asistió a la asamblea anual de la Asociación Americana para el Progreso de las Ciencias, la de Nueva York en 1888, observó con evidente satisfacción el triunfo del partido darwinista, encabezado por Edward Morse, contra los cuvieristas de Agassiz: “ahora Morse dijo, ante el concurso claramente atento, que de donde Darwin puso la ciencia ya nadie la quita, que su doctrina es irrefutable, como la de la conservación de la energía”¹³. No obstante, refiriéndose a su propia patria, observó que, la ciencia no es suficiente por sí sola, para promover la libertad. “¿De qué sirve tener a Darwin sobre la mesa?” pregunta, “si tenemos todavía al mayoral en nuestras costumbres?”¹⁴.

El positivismo hispanoamericano se ha descrito, imprecisamente en mi opinión, en términos de una dicotomía absoluta entre escuelas nacionales o comtianas o spencerianas. Ejemplo de la primera es México, donde el comtiano actuó como un impedimento a la recepción del darwinismo; de la segunda sería Argentina, donde el spencerismo facilitó el triunfo de Darwin. Pero también, hay casos anómalos. En Venezuela, hallamos un positivismo híbrido, fuertemente comtiano pero darwinista también. En Uruguay, se puede detectar un positivismo darwinista, sin la necesidad de ser mediado por Spencer. Semejante caso es Cuba donde el positivismo tuvo un carácter marcadamente darwinista, sin recurrir a la literatura spenceriana, pero cuyos portavoces tuvieron sus contactos intelectuales mayormente en Francia. Eso sugiere la necesidad de reformular el esquema del positivismo en Hispanoamérica.

NOTAS

- 1 CONDE DE POZOS DULCES, *Sobre el Origen de la Especie* (sic), fechada Habana, 1 de septiembre de 1868, reimpresso en *Revista de Cuba*, 8 (1880), 213-220.
- 2 JULIAN GASSIE, *La anthropogenia de Haeckel*. *Revista de Cuba*, 2 (1877), 258.
- 3 *Ibid.*, pág. 259.
- 4 *Haeckel y el origen del hombre*. *Revista de Cuba*, 4 (1878), 295-302.
- 5 E.J. VARONA, *Una polémica interesante*. *Revista de Cuba*, 5 (1879), 286-288.
- 6 ARISTIDES MESTRE, *Nota sobre el atavismo en el hombre*. *Revista Cubana*, 21 (1894), 8-9; ANTONIO MESTRE, *Origen natural del hombre*. *Revista de Cuba*, 5 (1879), 515.

7 Poey registró sus reservas hacia el transformismo, cuando contestó el discurso de La Torre de recepción en la Academia de Ciencias en 1889; véanse, MESTRE, *Nota sobre el atavismo*, págs. 14-15.

8 El contenido de todo el ciclo solo puedo aproximar a base de referencias indirectas en la *Revista de Cuba*, única fuente que he podido manejar. En un futuro estudio, espero consultar otras fuentes, incluso las primarias.

9 ANTONIO VINAJERAS, *El Congreso de Guinea*. (Matanzas 1879).

10 ESTEBAN BORRERO ECHEVERRÍA, *La vieja ortodoxia y la ciencia moderna*. *Revista de Cuba*, 6 (1879), 288.

11 JOSE R. MONTALVO, *El hombre terciario*. *Revista de Cuba*, 6 (1879), 475-486; ESTEBAN BORRERO ECHEVERRÍA, *Consideraciones sobre la evolución e influencia social de los estudios antropológicos*. *Ibid.*, págs. 52-57.

12 JOSE MARTI, *Darwin ha muerto* (publicado en la *Opinión Nacional*, Caracas, julio de 1882), *Obras completas* (La Habana 1964), XV, 375.

13 MARTI, *Sobre la ciencia* (publicado en *El Partido Liberal*, México 1887), *Obras completas*, XI, 278.

14 MARTI, "Discurso en conmemoración del 10 de octubre de 1868, en Hardman Hall, Nueva York" (10 de octubre de 1890), *Obras completas*, IV, 253.